
Ira, vergüenza, arrepentimiento
Narrativa
Rafael Stockebrand
Ediciones Colegas

Ira, vergüenza, arrepentimiento

Rafael Stockebrand

Editorial Colegas

PUBLICADO POR EDICIONES COLEGAS

EDICIÓN
Carla Román
DISEÑO INTERIOR Y DE PORTADA
Carla Román
CORRECCIÓN
Daniela Contreras
OBRA DE PORTADA
Leonardo Vega Olmedo
"*Epistolario 6*" (2026)
https://museovirtualtaller99.cl/

© 2026, Rafael Stockebrand
© 2026, Ediciones Colegas, S. A., Santiago, 2026
Colección: Cuadernos de Narrativa

Primera edición digital: Octubre. 2026, Chile
ISBN Digital: 978-956-6504-07-8
Licencia: CC BY-NC-SA 4.0
edicionescolegas.cl
Email: edicionescolegas@gmail.com

Prólogo

¿Qué hacemos cuando las palabras, que siempre creímos serían puentes, se convierten en la parte más profunda del abismo? Cuando el grito no es escuchado y hunde en desesperanza, es urgente buscar una operación que supla el habla; encontrar lenguaje, compañía o imágenes que se sientan familiares.

¿Cuánto hay que sufrir para apaciguar las penurias que nos aquejan? Cuando vivir se transforma en sobrevivir o en un proceso de redención (Sólo algún dios sabrá de qué...) es preciso, si es que no natural y necesario, preguntarse ¿hasta cuándo? Pero quizás nos vamos a olvidar, ocasionalmente, de esa pregunta. Nos encontramos con pistas, retazos y reminiscencias de vidas pasadas que, paso a paso, minuto a minuto, se sienten más pasadas. El tiempo se pierde en lugares desconocidos e inexplorados. Se va cayendo por el borde del mundo, por ese precipicio sobre el que caminamos y sobre el cual no aprendimos a transitar y que, de tanto desconocerlo, nos terminó por arrojar al vacío.

Tal vez, esas penurias nunca se apaciguan. Quizás, dejan de aquejarnos y se vuelven tan propias que no sabemos dónde terminan ellas y comenzamos nosotros. Justo ahí, cuando son ineludibles, y ya no las queremos espantar tampoco, caen con nosotros al abismo para encontrarnos y sorprendernos una vez más con su presencia, como quien las ve por primera vez. Nos recuerdan que son parte de nosotros, que no son sino un compañero inseparable; un compañero condenado.

En ese tiempo suspendido y desamparado surge una ira abrasadora que nos colma y convierte el calor que nos mantiene vivos en un frío que debemos aprender a habitar, rebatiendo cada pulsión de humanidad que pueda quedar dentro. Se convierte en fuerza que obliga a enfrentarse de cara y preguntarse cuanto tiempo más se está dispuesto a sufrir en la noche gélida.

De frente al dolor, la ira se desmantela y el refugio que en ella se encontraba, que simulaba el calor más esquivo, se derrumba pieza por pieza para transformarse en vergüenza, y es que ¿cómo no arrepentirse si en lugar de gritar siempre se pudo hablar?

Emilia Bahrs

Santiago de Chile, 2026

Introducción

Un verano en soledad; la distancia del hogar; la noticia de una muerte inesperada. Todo confluyó en un esfuerzo por retener la sensación de impotencia frente a las consecuencias de nuestras decisiones. ¿Qué sucede después de la acción?, ¿qué sentimientos nos embargan?, y, sobre todo, ¿cómo pesa la culpa en quien ha actuado mal?

El lector tiene en sus manos un breve relato donde lo que prima es justamente este "después" cuando todo ya ha sido hecho, cuando no hay vuelta atrás, cuando sólo queda soportar este peso. Un "después" que es, a su vez, el inicio de algo nuevo. ¿El qué? No podemos decir.

Rafael Stockebrand
Tours, Francia
20.09.2026

Ira, vergüenza, arrepentimiento

Rafael Stockebrand

A Karl Schomus †

El implacable azote de las puertas, como abanicos de titánicas dimensiones, lanzaron una ventisca y lo hizo caer de bruces. Al despegar su cabeza de la tierra una nube tapaba levemente el sol e imprimía una tenue sombra sobre el dorso de sus manos magulladas y aún ensangrentadas. Hizo un esfuerzo infinito para incorporarse. Cuando estuvo de pie comenzó a caer una suave llovizna. El agua

limpiaba su rostro polvoriento dibujando surcos, asemejándose a las rayas de un tigre. Todo su cuerpo estaba agarrotado, como si hubiera pasado corriendo por todos los anillos del infierno sin tomar un respiro.

Confundido y desamparado, aún no había puesto sus pensamientos en orden, pero tenía la certeza de que la situación actual era irreversible, aunque gritara a los cielos por perdón. Sentía un boquete en medio del pecho, una mezcla entre dolor y desasosiego, pero no le puso atención. Si algo cabía hacer ahora era seguir adelante. Era fuerte como su madre y su padre, quizá hasta más fuerte que ellos, y podía caminar días y noches seguidas. Antes de que una lágrima brotara de sus ojos, se puso de pie y, erguido, siguió su camino aun sin saber cuál era su destino ni que dirección debía tomar. Al amainar la lluvia se dirigió hacia el tenue sol que se dejaba ver entre la niebla y emprendió el viaje.



Epistolario 5

Leonardo Vega Olmedo

(2026)

I. Ira

Los páramos estaban desiertos, llenos de fantasmas venidos de Dios sabe dónde. Las alucinaciones nocturnas eran comunes allí. De día, el sol polvoriento ahuyentaba a los espectros que corrían a refugiarse bajo las piedras y las sombras de secos arbustos. De noche, estos se materializaban en terribles figuras.

A ratos oía el rugido de lejanas voces que lo llamaban, como proviniendo de la tierra, del cielo, de las estrellas titilantes, de las pozas de agua y de los pocos arbustos que lo rodeaban. Eran voces feroces, pero también tímidas. Gritaban como no queriéndose hacer oír. Alaridos murmurantes. Lo llamaban en lenguas que él conocía, pero que sería imposible reproducir. Le hablaban de dolor, de penurias, de grandezas pasadas, de cobijo eterno en frías mazmorras. Lo llamaron tres noches seguidas, hasta que, harto de ellas, liberó un grito atronador que rajó en dos la tierra e hizo huir a todo ser existente. Su grito fue tan

monstruoso que dejó una huella en el tiempo; quizá en algún lugar lejano aún se oye. Fue un alarido que recordaba la palabra divina que habría creado el mundo.

Después de aquella tremebunda demostración de poder quedó absolutamente solo. Ya no había voces que lo buscaran, ni zarcillos que rodearan sus pies evitando infructuosamente que siguiera su camino. En ese momento, recuperó el habla. Qué lástima que lo primero que dijera fuera un grito de ira. Sin embargo, eso era lo que bullía en su interior. Una ira gigantesca que reventaba sus venas y dejaba fluir la sangre debajo de su piel. ¿De dónde habría salido una ira de esa naturaleza?

Una nube se ha quebrado bajo el peso de un descomunal sol rojo y sangra el atardecer sobre la tierra.

No había espacio para la resignación. Si hubiera podido, habría regresado sobre sus pasos, derrumbado el portón desde el que fue arrojado y asesinado al juez que le impuso su castigo. Sin embargo, nada de eso era posible, ya habían pasado incontables eras y no podía desandar el camino recorrido. Esta era su pena.

Golpeó el suelo con sus puños desnudos, hasta el punto de que filosos fragmentos de piedra se incrustaron en su carne. El dolor lo hizo recapacitar. En ese momento, sintió un destello de compasión en el fondo de su alma. Si el dolor propio podía detener su fuerza, ¿podría también hacerlo el dolor ajeno? ¿Es posible sentir el sufrimiento de otro como si fuera propio? ¿Habría sido esa la lección que el juez sin-rostro le quiso inculcar?

«El juez sin-rostro, el asqueroso sin-rostro» – farfulló – «¡sin rostro y sin nombre! ¡tus palabras no volverán a ser proferidas por mi boca! ¡te maldigo a ti y a todo lo que me enseñaste!».

Finalmente, agotado, encontró la cara cóncava de una gran roca en medio de la nada y se acurrucó bajo el techo pétreo. Las estrellas titilaban en el firmamento dibujando constelaciones imposibles. Observó Orión, con su inconfundible cinturón, y recordó su vida antes del destierro. Tantos años habían pasado desde esos días de genuina felicidad. Con ello en mente se quedó dormido.

Soñó con un sable de plata que giraba sobre la empuñadura, sus destellos lo cegaban y no le permitían

avanzar. Debía bajar la mirada. Con los ojos entrecerrados y llorosos tanteaba el terreno con la puntera de su sandalia. Aguzaba el oído para orientarse y no ser rebanado en un descuido por el filo bruñido que danzaba sobre su cabeza. Oyó estruendos de trompetas provenientes de un mundo futuro, completamente distinto al que habitaba. El aire se llenó de un fuerte olor a óxido y azufre. Un rostro de facciones inconcebibles se abrió paso entre las capas del universo y posó su mirada flamígera sobre él. Esa terrible mirada le hablaba en todas las lenguas del mundo, lo juzgaba con una ira indómita, lo acechaba desde el origen del infinito. El cielo se resquebrajó bajo el peso de ese rostro y cada capa que se despegaba asomaba los mecanismos secretos que sostenían los andamios de la realidad. De pronto, la cúpula celeste se desprendió por completo y él quedó sepultado en la oscuridad.

Despertó sobresaltado con un grito ahogado proferido en los lindes del sueño y la vigilia. Su corazón latía a un ritmo alarmante, pero su atención se dirigía a un dolor más bajo, en medio del torso. Lo atormentaba un vacío profundo que casi rozaba su alma, como arañando las puertas de lo inmaterial: un hambre imposible de

satisfacer.

xxx

Erró muchos años por las llanuras y los valles, hasta que el suelo se volvió más suave bajo sus pies y sus pasos generaban surcos tras de sí. Después de milenios, por fin volvió a sentir la brisa. Las gotas de mar transportadas por el viento lo refrescaron. Llegó a la orilla de una playa. La inmensidad del océano.

Sobre la arena dio por fin tregua a sus pies llenos de ampollas. Inmóvil, miraba cómo las olas se superponían unas sobre otras y se precipitaban a la orilla. El ritmo era hipnótico e invitaba a sumergirse en sus aguas.

A esas alturas el océano se encontraba vacío, en él no había animales ni personas, corales ni algas, ángeles ni demonios. Esa imagen de un universo completamente deshabitado lo enfureció. Había sido arrojado a un mundo en donde jamás se toparía con nadie, era un laberinto sin muros, una jaula del tamaño del condenado. Su penitencia

era la eterna soledad.

Caminó miles de kilómetros hasta allí, llegó al borde del mundo, donde nadie se había atrevido a andar, y en todo su camino nunca logró disipar la miseria que lo embargaba.

«¡¿Cuánto dolor debo padecer para apagar tu sed de venganza?!» – exclamó.

La respuesta a esa pregunta nunca llegó.

Encontró un rincón rocoso donde el viento era una tenue brisa. Arrancó el tallo de un arbusto y con él comenzó a dibujar en la arena. Al principio, sólo garabateó figuras informes, después dibujó lo que guardaba en sus recuerdos. Dibujó árboles y animales, la lluvia y las nubes que la generan, dibujó a su madre y a su padre. En el centro de toda esa composición dejó un espacio vacío y debajo de él una figura humana sin detalles. Parecía estar recostada, dormida o muerta.

El horizonte se remeció, la marea aumentó y la luna se encendió en llamas de plata. A la lejanía, las aguas se estremecieron y de ellas emergieron pequeñas cabezas de

un azul transparente que reverberaban sobre la superficie y reventaban al contacto con el viento. Paulatinamente, el mar en su totalidad comenzó a burbujear y despedir vapor, semejante a un caldero al fuego. Las olas se retiraron y allí, donde claudicaba la visión humana, se formó un remolino que hizo precipitar las aguas del mar.

Del medio de este torbellino despertó la calamidad. Un pico azulado se elevó de las aguas, simulando un inmenso obelisco vestido con pieles de reptil. Era la cresta de algo mayor que había despertado del fondo del fin del mundo. Una cabeza del tamaño de un planeta se asomó de entre las aguas y dirigió sus ojos hacia él. Así como el estallido de las inestables galaxias en lo más recóndito del firmamento, esa mirada colapsaba todos sus sentidos. De ella emanaba una luz oscura que cubría el mundo con un velo opaco y endemoniado, el rugido de ese mirar fracturó su cuerpo y lo hizo caer de rodillas. La criatura seguía naciendo del mar y se irguió hasta rozar la luna sangrante. Las aguas ebullían cuando entraban en contacto con sus escamas al rojo vivo. El mundo habría conocido su fin entre esas fauces. La fuerza elemental que generó la criatura al despegarse del fondo marino hizo temblar la

tierra.

Su alma gritaba de terror. Al borde de la locura consiguió tomar una bocanada de aire y reactivar sus músculos. Su cuerpo crujió al incorporarse para huir y fue entonces que sintió cómo de esa bestia emanaba el más crudo odio que jamás había experimentado. Era un odio que atravesaba las barreras del solipsismo. La calamidad había vivido infinidad de vidas como la suya y su odio sólo crecía cada segundo bajo las aguas del mundo. Se alimentaba de sí misma no requiriendo nada más que su furia para existir. Una ira tan pura y cruda era sólo posible para quien habría habitado las aguas antes de los albores del mundo. Frente a ella, su propia ira se volvía ínfima, se trataba de un mero berrinche infantil. Su pecho reaccionó con aquella ira salvaje, generándole un dolor hasta entonces desconocido. Parecía que su cuerpo se partiría en dos y un hilillo de sangre chorreaba sobre las piedras de la playa.

Cada vez que la bestia respiraba generaba un vacío en la atmósfera absorbiendo todo el aire existente. Las nubes se disipaban cuando colapsaban contra su enhiesta figura. Él comenzaba a asfixiarse por la falta de oxígeno. Cuando

volvió a desplomarse, la criatura se abalanzó atravesando los miles de kilómetros que los separaban en sólo un abrir y cerrar de ojos.

Intentó ponerse de pie, pero no fue posible. Esa ira primitiva lo aplastaba impidiendo que pudiese respirar. Perdió el conocimiento antes de que la criatura lo engullera.



Pesadilla

Leonardo Vega Olmedo

(2025)

II. Vergüenza

En sueños se le presentó un rostro marchito. Un cadáver sin sepultura. El cuerpo yace sobre las rocas, destrozado y carcomido por los buitres. El llanto de una madre se escucha a la lejanía. La tierra se endurece y no permite ser excavada. El rostro vuelve a aparecer y lo mira con lástima. Dentro de él comienza a emerger una ira alimentándose de su alma. El sentimiento crece y se expande, su cuerpo no puede contenerlo. El rostro siente esta rabia y su expresión se perturba. Las facciones comienzan a mutar hasta volverse la terrible serpiente marina. Ella abre sus fauces y dentro de su boca yace una figura humana destrozada. Parece un monigote sangrante y en su cabeza se encuentran todos los rostros. La figura grita de terror y las fauces de la bestia se cierran sobre ella.

Despertó y creyó estar muerto. No lograba ver ni respirar, sólo oía los suaves murmullos de las olas que cantaban un fúnebre arrullo. Se restregó la cara para

apartar la tierra que lo cegaba y tosiendo escupió las piedras atoradas en su garganta. Se incorporó gélido. Estaba empapado en la orilla de la playa. El sol brillaba por fin en el firmamento y pequeños insectos marchaban por las arenas. Tomó uno con desinterés y lo engulló sin miramientos. La criatura emitió un chirrido cuando reventó entre sus dientes, quizá solo fue la presión del aire saliendo del cuerpo del pequeño insecto.

De pronto, lo recordó todo. La calamidad que había salido del mar. El odio eterno que emitía su presencia. Las aguas ebullendo al contacto con sus escamas. La bestia primogénita que había despertado para devorarlo. La aplastante presión que ejercía sobre él. El dolor de su pecho. El miedo y la desesperación. Ni siquiera el dedo acusador del juez había sido tan rotundo como la ira que emanaba ese cuerpo escamoso. Comenzó a temblar preso por la angustia, levantó la vista y la dirigió hacia el océano, temiendo que el monstruo siguiera frente a él, presta a devorarlo.

Allí, donde antes había estado la serpiente, descubrió que una figura alta y brillante se incrustaba bajo las aguas y se elevaba hacia el cielo. Era una espada bruñida, de

dorada empuñadura, con su hoja ensangrentada. Pareciera que hubiera caído desde las nubes para enterrarse en el mismo lugar en donde había nacido la bestia. Su filo cortaba las aguas pacíficamente. La hoja relataba una batalla ya concluida, como la serenidad de una guillotina luego de rebanar el cuello del sentenciado.

Se levantó con dificultad y se alejó de allí. Antes de que la espada quedará más allá del horizonte, la observó por un último instante y de su boca se escapó una única palabra: "gracias".

xxx

Vagó por un mundo cada vez más verde y fértil. Las áridas llanuras habían cedido lugar a los tímidos campos. Las plantas endémicas se abrían paso entre las piedras y llenaban el aire con un tenue aroma revitalizante.

Sus pies se sentían más ligeros y su corazón descansado. Pequeñas alimañas correteaban sobre la tierra, algunas se escondían en minúsculas madrigueras,

otras retozaban sobre la hierba con el vientre vuelto hacia el sol. Sin embargo, aún se sentía solo y desamparado, no había encontrado todavía algún ser con la capacidad del habla con el que podía sentir algo de compañía. Era el único en ese mundo que podía hablar. Si su forma de comunicación no era entendida por criatura alguna, entonces no existía tal comunicación. Era un mundo en donde el lenguaje todavía no había nacido.

Se sentó sobre el pico de una montaña y contempló el paisaje. Paulatinamente, este se iba volviendo más hermoso y sintió una extraña punzada en su alma, queriendo ocultar su presencia bajo alguna piedra o tras la sombra más oscura de una noche sin luna.

«Siento fragilidad en tu espíritu, joven hombre» – dijo una dulce voz a sus espaldas.

Se giró para ver quién había hecho nacer el lenguaje con su breve comentario y se encontró frente a la epifanía de la belleza. Una mujer sentada sobre una roca desde la que emanaba un manantial que refrescaba sus piernas. Su porte era elegante, vestía unos ligeros ropajes semitransparentes que cubrían sus caderas y su pecho.

Llevaba el cabello suelto adornado en oro. Su rostro seductor era coronado con una mirada caoba, sus labios eran carnosos y brillantes, sus pómulos marcados y níveos como lozas de mármol y su nariz fina en perfecta proporción con sus rasgos de ensueño. Se encontraba hermosamente embarazada, su vientre abultado mostraba una suave curva que terminaba en su entrepierna oculta por su vestido. Parecía la perla de un dragón, así de hermosa, así de hipnótica. Sus pechos se asomaban tímidos a través de sus ropas y se notaban firmes y turgentes, conteniendo una leche dulce.

Sintió deseos de poseerla, al igual que había sentido por su hermana, milenios atrás, y, antes de ella, por su madre. Su condición de embarazo sólo aumentaba su atractivo, ella era la fertilidad encarnada: la belleza de la amante nocturna y la suavidad del pecho materno.

«No me mires con esos ojos de deseo, joven hombre, pues soy anterior a tu propia madre» – le advirtió la mujer.

«¿Vienes a matarme?».

«Yo no puedo matarte, joven hombre, quizá nadie pueda. Pero tú tampoco puedes poseerme. Ningún

hombre es capaz de estar conmigo».

«¿Quién ha dicho que quiero poseerte?» – espetó. «Tu propio cuerpo te delata» – indicándolo con una sonrisa sádica.

Se ocultó tras una roca para esconder sus vergüenzas, mientras ella lo miraba reptar como un gusano.

«Si no vienes a darme la muerte, ¿cuál es tu propósito?» – preguntó, mientras sus mejillas se llenaban de color.

«Vengo a tantear tu talante. Sé que le diste la espalda a tu origen. Eres como yo. Pero ¿qué tan fuerte te volvió haberlo hecho? Esa es la pregunta que vale, ninguna otra. ¿Te sientes orgulloso de tus actos?».

«¡Yo no hice nada! ¡Soy víctima de una injusticia!» – se defendió saliendo de su escondite, su excitación había amainado.

«Se podría decir que yo también fui víctima de una injusticia. Pero no me dejo engatusar por argumentos tan simples. Está en mi naturaleza resistirme a la dominación, del mismo modo que es la naturaleza del juez rechazar a

todo quien no se postre frente a él».

La mujer reflexionó un momento y al fin dijo:

«Nada en este mundo me puede dominar y, por eso, sólo puedo celebrar mi destierro» – peinó sus largos cabellos que cayeron suavemente sobre sus espaldas, mientras arqueaba su torso dejando escapar sus níveos senos por debajo del vestido.

La sensualidad que emanaba su presencia no se condecía con su actitud. Cada palabra instauraba una mayor distancia entre los dos. Se trataba de una mujer educando a un neófito. Era un hombre deseando a una diosa. Ella era tan deliciosamente inalcanzable que nada de lo que él pudiera hacer rompería el abismo. Un beso suyo sería tan infértil como si besara una estatua esperando que se sonroje; y, aun así, se acercó para rozar su pierna con el dorso de sus dedos.

«No te atrevas a hacerlo, si es que aún tienes sentido de la preservación» – advirtió la mujer con una mirada gorgónica.

«Dijiste que no podías hacerme daño».

«No puedo matarte. Pero hay cosas peores que la muerte. Tocar mi piel es una de ellas. Ya te lo he dicho, yo no soy amante de los mortales».

Él intentó musitar una respuesta, pero avergonzado agachó finalmente la cabeza.

«¿Qué buscas de mí entonces? Hace años que vago por la tierra. No soy de tu interés».

«Yo fui sometida al mismo castigo en un mundo que tú jamás conociste» – respondió suavizando su voz y acariciándose el vientre. Un sutil relieve se comenzó a formar allí donde pasaba sus dedos. Desde el interior de ella, una mano en miniatura presionaba su vientre hacia afuera. Esta buscaba coincidir con la mano de su madre, como si, a pesar de las gruesas capas de piel y músculo, ambas pudieran tocarse una a la otra.

«Pero tú y yo somos distintos. Aún no te has percatado de la razón que mueve tu existencia. Todo hasta ahora ha sido parte del mismo plan, ¿por qué te atormentas? ¿crees ser una víctima? ¿tan pura es tu alma?» – continuó.

Él sintió un cosquilleo desagradable cruzándole la médula espinal. Miró de reojo el hermoso vientre abultado que vibraba y palpitaba como un huevo eclosionando.

«¡Escúchame! No creas que puedes penetrar en mi corazón» – dijo creyéndose en dominio de sí – «¡sé de lo que se me acusa y las razones de mi castigo! Y sólo me basto a mí para que mis faltas sean conocidas. Nada de lo que he hecho hasta ahora dicta lo que soy. No me debo a mi naturaleza, pues no hay naturaleza alguna» – sentenció.

«Ahora hablas como un filósofo. ¡Qué soberbia más insana la que te posee! ¿Acaso crees que no siento la vergüenza emanar de tu cuerpo?».

La mujer elevó lentamente su mirada hacia los cielos y agregó apesadumbrada – «Eres un niño ocultando sus sábanas orinadas a medianoche. No naciste con la posibilidad de redimirte. Eres lo que haces y haces lo que eres».

Luego de esta diatriba hubo silencio y cayó la noche. Su pecho latía dolorosamente conteniendo la humillación y el deseo por igual.

Él no sabía cómo responder a sus palabras. Creía que ella llevaba razón, pero había algo que no encajaba en su relato. ¿Podía él compararse a esa mujer? ¿Compartían acaso una condición semejante? Si ellos tuvieran una naturaleza similar sus palabras serían aplicables a ambos, pero ¿acaso era así?

Las estrellas los rodeaban mientras el ambiente helaba y un viento muerto azotaba sus cuerpos. Él sentía frío y temblaba, mientras que ella parecía refrescarse con el ambiente. De pronto, sus miradas se encontraron y se rompió el silencio.

«¿Aún no te acostumbras al frío de este vacío?».

«Esta es la noche más gélida que he tenido que sufrir hasta ahora».

«Estás despertando. La pregunta es si alcanzarás la vigilia o te perderás en los lindes de la ensoñación. Ven, acércate a mí. Recuéstate a mis pies».

Se puso en cuclillas, mientras ella refrescaba sus piernas en las gélidas aguas del manantial. En ella centelleaban todos los colores de un mundo que él jamás

presenció. Le habría recordado a su madre, si no fuera por la fuerza indómita que imprimía su presencia y generaba una peligrosa obsesión. Si su progenitora representaba la suavidad de la caricia materna, ella recordaba el agarre del depredador que lentamente asfixia a su presa entre sus fauces, llevándola a un estado de confusión hipóxica y, finalmente, de sumisión a las puertas de la muerte.

Las estrellas generaban un marco cósmico en torno a una imagen en donde se confundía la ternura con la brutalidad. Una mujer, cuya belleza no tenía parangón, refrescaba sus piernas plácidamente en un espejo de miles de destellos plateados. Uno de los hombres más fuertes de la creación yacía impotente a sus pies. Ella ni se inmutaba frente a la humillante situación de su interlocutor.

«Duerme, hijo del hombre. Cuando despiertes encontrarás la determinación para ser quién eres. Por ahora, sólo descansa».

Antes de perder el conocimiento sintió unos gemidos lejanos, seguidos por un llanto estridente que llegaba desde más allá de las puertas del sueño.



Epistolario 7

Leonardo Vega Olmedo

(2026)

III. Arrepentimiento

Muchos años transcurrieron hasta que logró volver a despertar. La hierba creció alrededor de su cuerpo, generando un refugio natural que lo había mantenido relativamente seco en el invierno y al abrigo del sol en verano. Había perdido gran parte de su porte y lozanía de antaño, su piel se había vuelto más opaca, su pelo menos lustroso, sus músculos más flácidos y sus ojos más cansados. No obstante, todavía había vida en él y seguía siendo resistente a los embates de la existencia.

Cuando logró incorporarse, su cuerpo golpeó lo que parecía un cúmulo de cenizas duras que crujieron bajo su peso como grises ramas quebradizas. Un segundo vistazo reveló la naturaleza de ese bulto a su lado. Había un pequeño cráneo humano semi carbonizado sobre una montaña de pequeños huesos. Todo había sido consumido por el fuego y el tiempo y sólo había quedado lo que los gusanos no pudieron morder. Lo más probable es que un

recién nacido había sido asesinado y luego incinerado o, pero aún, lo habían quemado hasta la muerte.

¡Qué imagen más terrible! ¡¿quién podría cometer una atrocidad como esa?!

Sintió náuseas e inmediatamente miró sus propias manos. Hace siglos que la sangre se había secado, pero todavía sentía el peso de invisibles cadenas que colgaban de sus extremidades y golpeaban la tierra, una tierra que en una época pasada se negó a absorber la sangre que él habría derramado.

Se incorporó para alejarse del pequeño cadáver, pero al verlo por segunda vez reparó en algo de lo que no se había percatado anteriormente. Los huesos formaban un extraño entramado, como las ramas de una enredadera. Nadie los había dispuesto de esa forma tan particular, ni el tiempo los había movido. Los huesos estaban fusionados o plegados de formas contranaturales. Las vértebras estaban apelmazadas, generando un único hueso poroso, la cadera se encontraba abierta como una flor y los fémures mostraban una torsión que haría imposible tenerse de pie. Aparentemente, la criatura habría nacido con una

deformidad agonizante.

Sólo podía imaginarse la escena. Jamás había presenciado un parto, pero podía traer a la mente los relatos maternos sobre su nacimiento y el de sus hermanos ¿Cómo sería un infante con esas cualidades tan monstruosas? ¿Podría una madre amarlo a pesar de todo? ¿Dios lo habría amado al hacerlo nacer con tal atroz condición?

Rápidamente, estas inquietudes se volvieron hacia su persona. ¿Alguna vez había sido amado? Y si así fuera, ¿por qué se le permitió hacer lo que hizo? ¿El destierro fue acaso un gesto de amor? Quizás ella tenía razón, después de todo. Puede que su vida sólo siguiera un camino predestinado y su tarea en la historia era jugar un rol impuesto.

Se encontraba sumido en sus pensamientos cuando escuchó voces humanas a la lejanía. Las traía el viento como meros fantasmas, pero le generaron tal desazón que no pudo evitar escrutar con la mirada todos los ángulos del horizonte. Finalmente, allí, sobre una lejana colina, unos puntos negros se movían erráticamente alrededor de una

silueta mayor que ellos.

«Seres humanos» – murmuró. Y emprendió la marcha para alcanzarlos.

Al llegar a las faldas de la colina comprendió todo el escenario que se desplegaba frente a él. En lo alto, al filo de un rústico camino, un grupo heterogéneo de personas se esforzaban por mover su diligencia que se había volcado a causa de la pendiente y la irregularidad del camino. La escena no era muy distinta a un funeral. Un enorme animal yacía muerto en el camino, de su boca caían las pertenencias de los viajantes como sangre de múltiples colores, alrededor del cadáver caminaban sus deudos sin saber qué hacer.

Él dio un paso al frente y, sin que nadie alcanzara a reaccionar, levantó del suelo el carromato, lo elevó por los aires junto a toda su carga y lentamente lo depositó sobre el camino. Nadie dijo una palabra. Fue a buscar los caballos que pastaban desinteresadamente y los volvió a aparejar. Nadie antes había visto a un hombre como él. Su piel brillaba bajo el sol como el bronce bruñido, sus rasgos recordaban a las antiguas historias de los ancianos y su

fuerza descomunal, junto con su porte, no parecían ser de este mundo.

Al instante, todo mundo se postró frente a él y lo llamaron *kadosh*. Pero él los incitó a ponerse de pie y todos obedecieron.

«No soy digno de ser tratado de esa manera. Yo soy sólo una criatura más» – se explicó.

«Señor, usted ha hecho por nosotros más de lo que nosotros podemos hacer por usted» – dijo la más anciana mientras se acercaba cuidadosamente.

«La mera existencia de ustedes en este desolado mundo es suficiente como para que sea yo quien esté en deuda. Por favor, permítanme acompañarlos».

xxx

El fuego crepitaba en una fogata improvisada rodeada por carpas y personas que conversaban animadamente. Una lengua cobriza se elevaba cortando el cielo, comulgando

con las estrellas.

Él se encontraba apartado del grupo, donde ya no llegaba el calor. No sabía cómo relacionarse con los demás. Pasó muchos siglos en soledad, encerrado en sus pensamientos, carcomiéndose por dentro, lleno de ira y humillación. Entendió que había permitido que su resentimiento le quitara la libertad. Si bien su presencia parecía la epifanía de un ángel, su expresión era de temor, temor frente a la brillante algarabía de toda esa juventud.

«¡Escucha, tierra de Nod! Hoy gozamos del honor de tener frente a nuestro fuego una visita digna de alabanzas» – exclamó la que parecía ser la matriarca de la comunidad, mientras pedía silencio con suaves gestos de mano.

«Esperamos que nuestro ilustre invitado nos acompañe en nuestro camino e ilumine con su fuerza y sabiduría nuestros pasos».

Él solo asintió y se acercó un poco más al fuego, sus rasgos resaltaron en colores anaranjados, generando en su rostro un semblante serio y varonil. La calidez del grupo que rodeaba la gran pira lo hizo sentir en paz, aun cuando todos los ojos estaban sobre él, escrutándolo. Él mantuvo

silencio, sin saber qué decir. El viento azotó el fuego lanzando la flama por los aires e iluminando el páramo con sombras danzantes, la llama volvió a crecer en la pira y se elevó a través de la noche con mayor fuerza y vigor. Hubo un murmullo generalizado que rápidamente se transformó en un cántico, todas las bocas se habían coordinado para generar la canción más hermosa que jamás había escuchado.

Esa noche le relataron las penurias que sufrieron antes de encontrarlo. Supo que esa comunidad, habitante de la tierra de Nod, provenía de un reino lejano en el oriente. Una antigua fortaleza en lo alto de una montaña con una única vía de ingreso y salida. Habían escapado de una masacre que azoló su antiguo hogar. Ellos eran los únicos sobrevivientes de una casta inferior que había perecido entre los muros y el fuego o empujados desde los desfiladeros. No habían tomado las armas en el conflicto, pero de igual modo fueron masacrados por el enemigo. Los niños que jugaban alrededor de las carpas eran huérfanos, las mujeres viudas y los hombres débiles o heridos. Esta fatalidad les obligó a cambiar radicalmente las prácticas y normas que apuntalaban su antigua

idiosincrasia.

Las diferencias sexuales habían disminuido hasta lo estrictamente biológico, compartiendo las tareas cotidianas entre todos por igual y dándole a las mujeres la libertad de elegir con quién deseaban desposarse y de quién divorciarse. El homicidio era castigado con la pena capital y los niños mayores de cinco años pasaban al cuidado de los ancianos. Entre la danza y los cantos, arribó la madrugada sin que se diera cuenta, las caravanas se pusieron en marcha y él se fue con ellas.

xxx

En un humilde ritual frente a los ancianos de la comunidad, él desposó a una bella mujer menuda. Sus gruesos y dorados cabellos parecían hechos de oro. Tenía un lunar marrón en su mejilla derecha, generando un atractivo contraste con su delicada piel y su perfilada nariz rosada a causa del frío. Sus labios delgados lucían un gesto relajado, casi desinteresado. Sus ojos de diamantes lo

miraban con ternura. Él la conoció entre lágrimas, mientras aun lloraba el terrible asesinato de su familia al borde de los riscos. Y mucho tiempo pasó antes de que el negro dolor de la injusta sobrevivencia callara en sus brazos.

Tuvieron varios hijos y, a pesar del estilo de vida nómada, ellos fueron los primeros habitantes legítimos de la tierra de Nod.

Él gozaba de su familia, de sus nuevas amistades y hasta de las largas marchas bajo el sol del mediodía y las frías noches en el descampado. Disfrutaba sobre todo los suaves labios de su mujer, su piel tersa, sus amplias caderas y el calor que emanaba su cuerpo. Besaba su vientre con delicadeza y mordía la curva de su cintura. La suavidad y el aroma de su cuerpo lo transportaban fuera de la tierra y del tiempo. Su boca se llenaba de crípticos sabores y el aroma a sexo saturaba el ambiente. Él, por el contrario, jamás tenía relaciones desnudo.

Según le había explicado a ella, se trataba de las costumbres de su pueblo de origen. El contraste entre la piel femenina y la rústica camisa que él vestía generaban

un cuadro como de naturaleza muerta, donde los vivos colores del cuerpo desnudo captaban la atención dejando en el olvido los harapos que se postraban sobre ella. Sin embargo, había algo maligno en el decoro con el que él cubría celosamente su cuerpo, y, más pronto que tarde, su secreto salió a la luz.

Una noche mal habida, luego de que sus bocas tomaran una pausa en un desesperado intento por respirar, ella posó su mano sobre el pecho de él y notó que sus ropas se encontraban más húmedas de lo normal. No se trataba del sudor a causa del esfuerzo físico y la excitación, más bien parecía que debajo de su camisa hubiera un charco de agua estancada, pero por la falta de luz en plena noche, sus ojos no podían testificar por lo que sus manos sentían.

«¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?» – preguntó con preocupación a su marido.

Él cambió inmediatamente su actitud, giró su cuerpo y escondió el pecho tras sus brazos. Todo lo demás fue silencio. Luego ambos se quedaron dormidos.

Unas horas después, una luz rojiza lo despertó. Sentía un intenso calor sobre su rostro y la luz atravesaba sus

párpados generando un teatro de sombras dentro de sus ojos. En un comienzo fue cegado por la brillante llama, tras ella sólo lograba apreciar una silueta que se cernía sobre él. Cuando logró desperezarse completamente y enfocar la escena frente a él, descubrió a su mujer sosteniendo una antorcha sobre él. En su rostro se había formado una mueca de espanto y sus ojos lagrimeaban profusamente. El tiempo se había detenido. Ella no se movía, parecía haberse petrificado a causa del terror, con los ojos fijos en el pecho desnudo de su marido. Había abierto su camisa mientras este dormía y lo que halló tras ella fue una imagen grotesca.

Su pecho no era más que el marco de un repulsivo agujero negro y sangrante que giraba sobre sí mismo como alimentándose de su propia carne. De tanto en tanto, las lonjas de piel marchitas vibraban como si pasara una ventisca por ese pozo sin fondo. Había algo hipnótico en esa monstruosidad. Se trataba de la marca de un castigo que sólo Dios podría imponer. Él entendió inmediatamente que su tiempo había terminado. Su mujer miraba el negro agujero, cómo se retorcía y supuraba sin cesar. De pronto, recuperó el habla y su mirada no

expresaba más que ira.

«Esto no puede ser cosa de los hombres. ¿Por qué tienes esto en tu cuerpo?» – gritó mientras apuntaba a su pecho.

«Esta marca me fue impuesta en un tiempo ya olvidado» – respondió. En ese momento supo que ya no había marcha atrás, ella lo había entendido todo.

«¡Eres tú! ¡Tú eres el maldito! ¡Tú trajiste la miseria al mundo! ¡Tú eres la razón de todo! ¡Por causa tuya mi familia pereció! ¡Por tu culpa los seres humanos mueren en manos de sus semejantes!» – lo atacó con la antorcha. Él rodó fuera de la carpa y ella lo siguió gritando y despertando a toda la comunidad. Cuando salieron los ancianos y vieron al hombre bajo la luz de la antorcha exclamaron: «¡Tiene la marca! ¡Es él, el desterrado!».

No quedó nada por hacer que huir hasta que la luna dio paso al sol y las estrellas desaparecieron del firmamento.

xxx

Ahora era dos veces desterrado. Una vez por el juez sin rostro y otra vez por los hombres. Había perdido a su mujer, a sus hijos y a su comunidad. Todos habían quedado en la tierra de Nod. Las lágrimas corrían por sus mejillas y caían sobre la tierra seca. Inconscientemente, había vuelto a los páramos estériles. Sus pies sangraban de tanto caminar y su pecho le generaba un dolor indescriptible. Estaba marcado, esa era su condena. Su destierro era ser señalado por todo hombre que pasara a su lado. Ya no podía ocultar su miseria. Nunca fue realmente libre para forjar su propio destino, todo siempre estuvo determinado. Él era lo que hizo.

Su corazón estaba agotado de tanto sufrir y en él sólo quedaba una honda tristeza, hija de un arrepentimiento que jamás podría ser redimido. Ya no sentía rencor por su situación, tampoco humillación por el estado de degradación al que fue sometido, sólo se trataba de una genuina y profunda aflicción por todo lo que había hecho.

Se arrodilló y clamó a los cielos por un perdón que

nunca antes había pedido. Pero los cielos enmudecieron y su voz se transformó en un eco que hasta hoy resuena en las bocas de los hombres. Cuando entendió que nadie vendría en su ayuda se levantó, dejó sus ropas al borde del camino y encaró su destino. A lo lejos, cortando el horizonte, lo esperaba la mujer del manantial y, detrás de ella, la mortífera serpiente marina.

PUBLICADO POR EDICIONES COLEGAS

© 2026, Ediciones Colegas, S. A., Santiago, 2026
Colección: Cuadernos de Narrativa